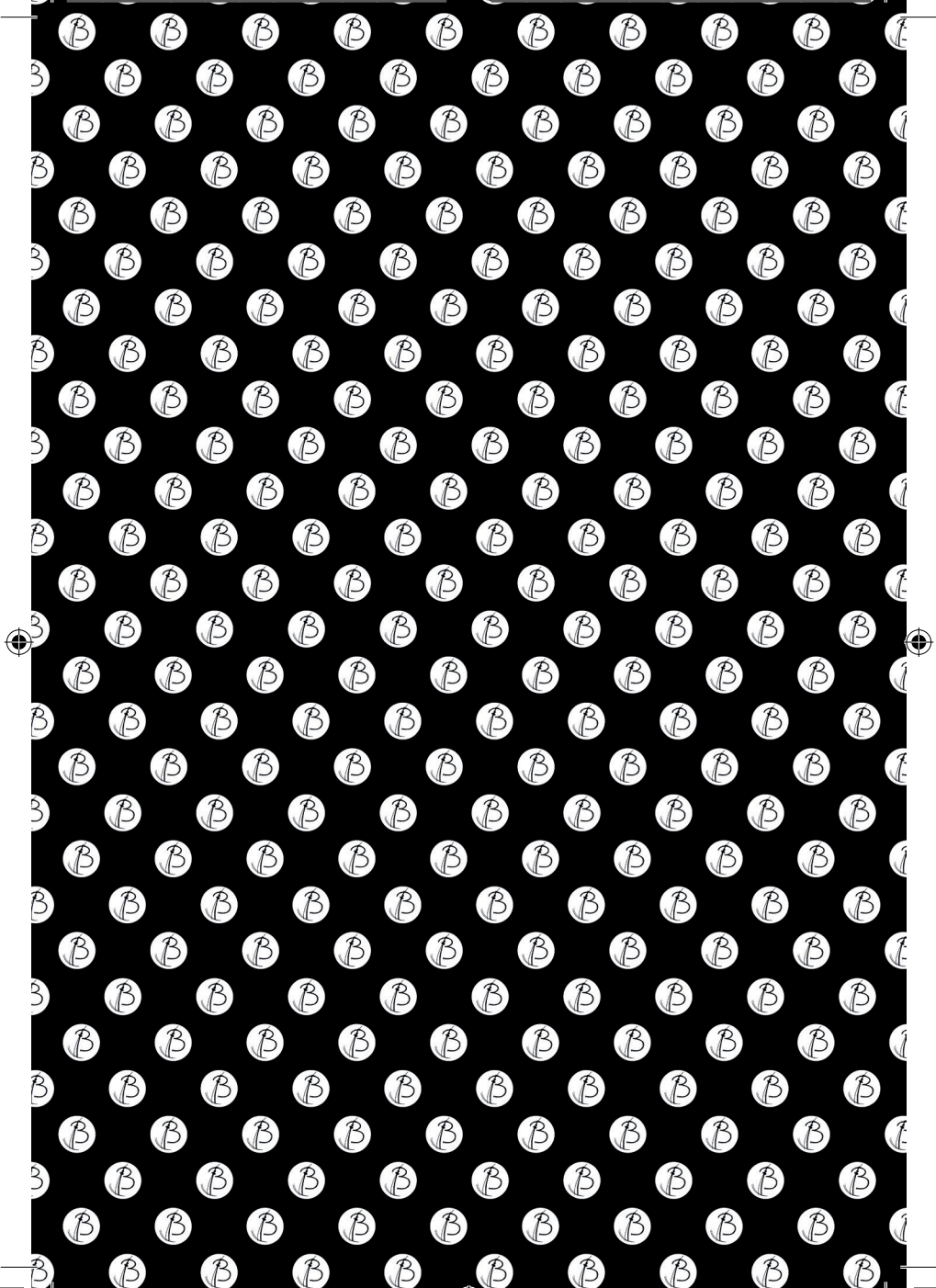
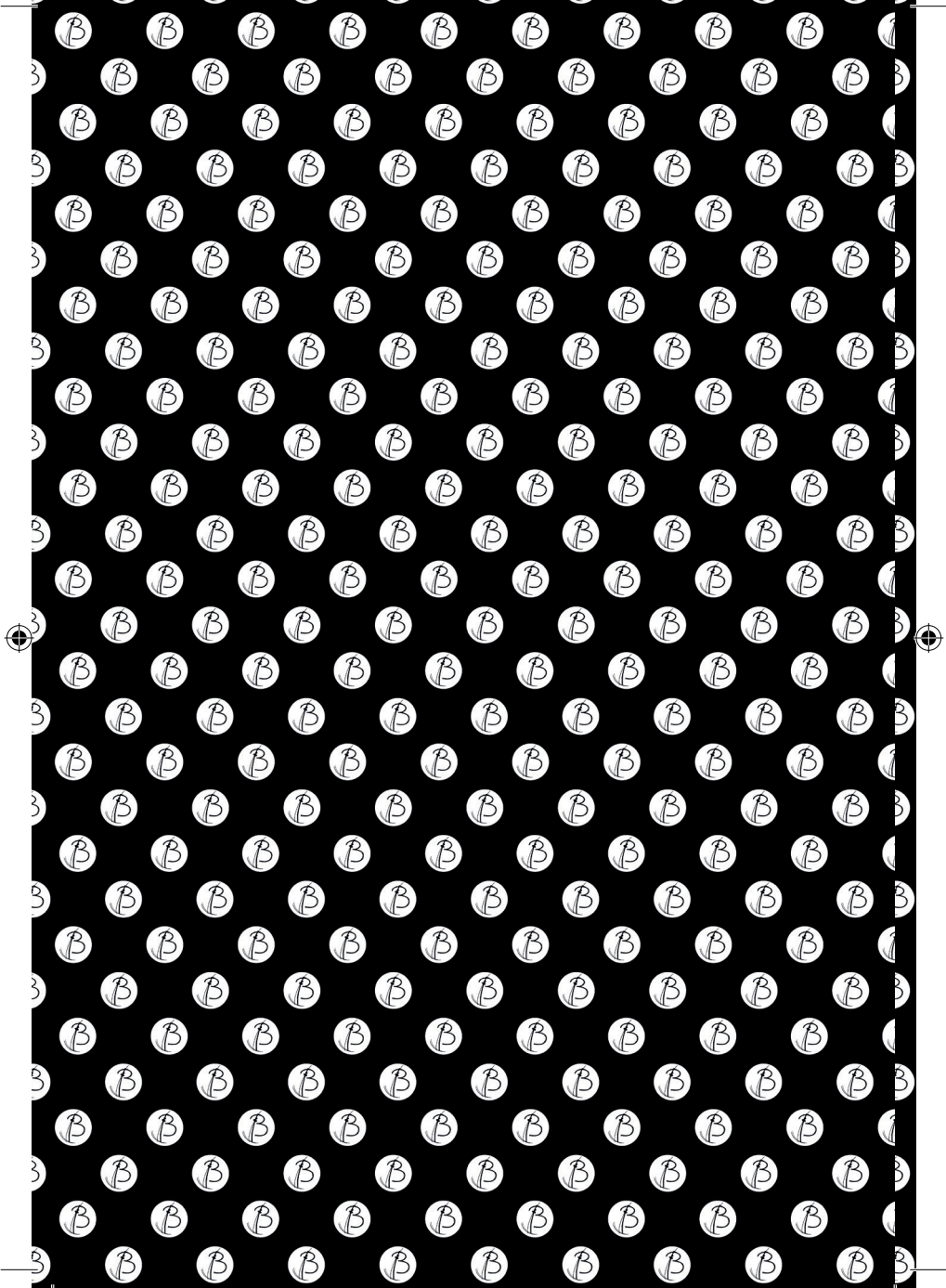
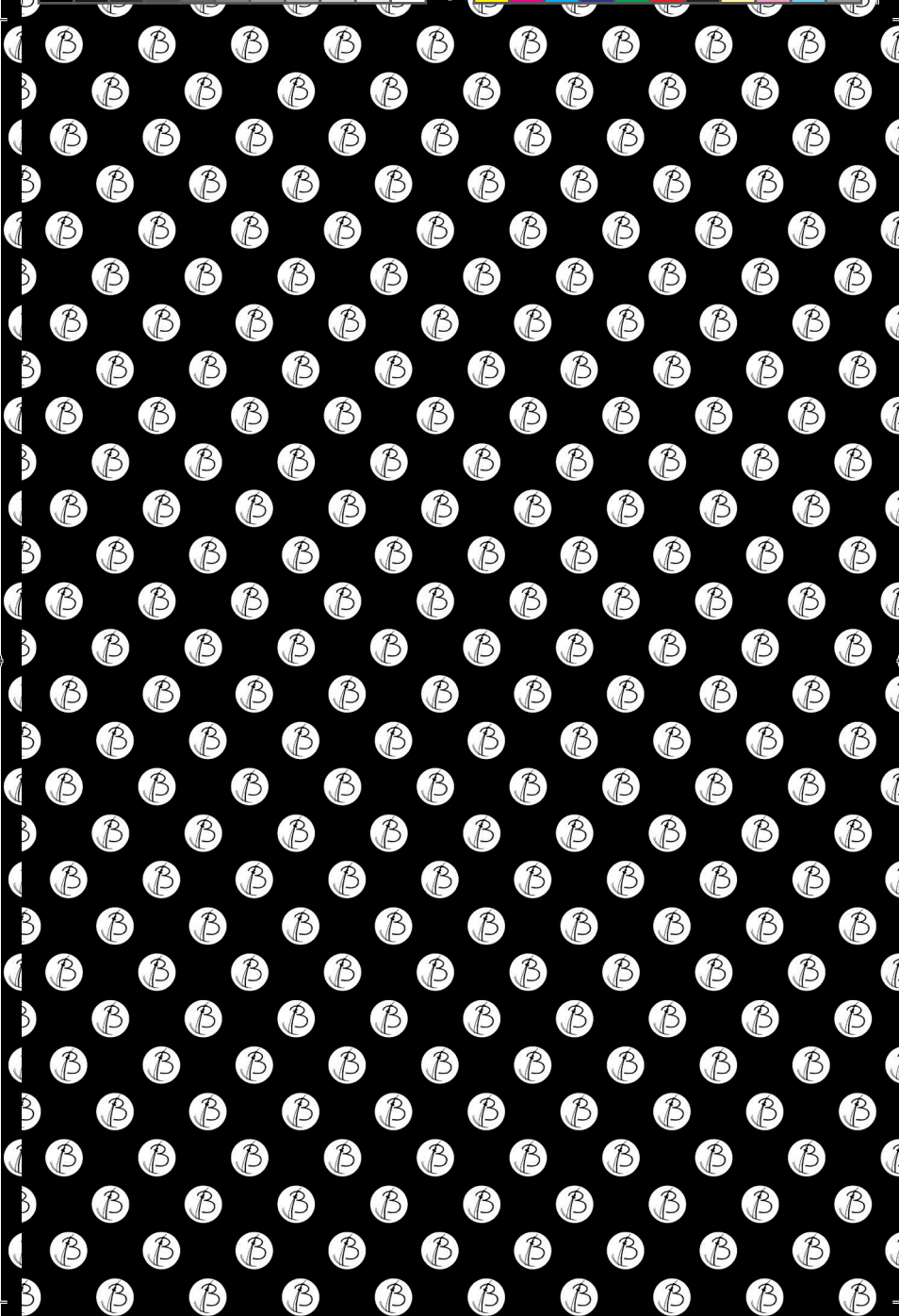












Raquel F. Cobo

EL ARTE DE LA CONVERSACIÓN LITERARIA

EL VALOR DE LA PALABRA PARA SOSTENER LA AMISTAD



BARLIN LIBROS
PENSAMIENTO AL MARGEN





Primera edición: marzo 2025

© 2025, Raquel F. Cobo

© 2025, de la cubierta

Isabel Mora

© 2025, de esta edición

Barlin Project SL

Dirección editorial:

Alberto Haller

Publicado por

BARLIN LIBROS

C/ Doctor Zamenhof, 27

46008, Valencia

Thema: DNL

ISBN: 978-84-128892-6-0

Depósito legal: V-234-2025

Impreso en España

editorial@barlinlibros.org

www.barlinlibros.org

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares de *copyright*, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.





TABLA

ADVERTENCIA AL LECTOR:
SOY UN ÁRBOL PETRIFICADO
13

INTRODUCCIÓN:
LA CONVERSACIÓN ES...
21

CAPÍTULO 1:
MAESTROS Y DISCÍPULOS
49

CAPÍTULO 2:
PIEZAS DE CONVERSACIÓN
75

CAPÍTULO 3:
CONVERSACIONES MUY TARDE YA EN LA NOCHE
133





ÚLTIMAS PALABRAS SOBRE LA AMISTAD

203

EPÍLOGO ÍNTIMO

209

BIBLIOGRAFÍA CITADA

213

AGRADECIMIENTOS

219





«Hay dos estados de amistad: encuentro y separación.
Son insolubles»

Simone Weil, *La amistad*

«¿Puedes imaginarte forma mejor de conocer a un ser humano que comentar con él todo cuanto acontece en las obras de Dostoyevski?»

Elias Canetti, *La antorcha al oído*

«Escribir es inventarse un habla que no tienes
y unos oídos que no están»

Mónica Ojeda, *Chamanes eléctricos en la fiesta del sol*







A Anita

*A Miguel,
el profesor de la Universidad del Desierto*

www.universidadeldesierto.wordpress.com







ADVERTENCIA AL LECTOR: SOY UN ÁRBOL PETRIFICADO

«De la huida también se sale con las manos vacías y con las heridas
nuevas: no hay reconocimiento posible.
Lo que se deja atrás también se mueve.
No se puede regresar, aquel sitio ya no existe»

Begoña Méndez, *Ciento veinticuatro huecos*

Mi escritura es un golpe en la mesa, un gesto de inconformidad, un reclamo, un grito.

Durante años de trabajo he tratado de aprender y adaptarme a ciertas tradiciones de la academia. Como quien espera la llamada del amante, ansiaba la aprobación de mi comunidad y, para ello, firmé un contrato de cuantificación y valoración algorítmica: significaba que debía producir un número incesante de artículos especializados que, a su vez, eran evaluados según ciertos «factores de impacto» que deciden la calidad e importancia de nuestro trabajo. En resumidas cuentas, un artículo es importante, no por su contenido, sino por su lugar de difusión. Hay revistas mejor posicionadas que otras, ¡pobre de aquel que no conozca esta selva oscura!





Se ha confundido el trabajo humanístico con las llamadas «ciencias duras», pero la reflexión creativa sobre la realidad no acepta cálculos ni resultados de cifras exactas. Estas nuevas formas de medir nuestra labor intelectual, más centrada en los números que en las palabras, nos aíslan de los aspectos más concretos y prácticos de nuestra vida, como la naturaleza que nos rodea o el cuerpo; sobre todo del cuerpo.

El cuerpo importa porque todo lo que aprendo me toca.

Mi cuerpo ha sido durante mucho tiempo un depósito para la frustración. Lo he maltratado y castigado, privándolo de sus sentidos, pero especialmente de sus posibilidades, porque la conversación del saber que generan los *fast papers* no va más allá de las perspectivas limitadas de nuestras propias disciplinas. Se trata de un secuestro que nos priva de conocernos a nosotros mismos. Todo a cambio de conseguir unas cuantas citas que usaremos para justificar la relevancia de uno u otro texto. La Universidad reduce así, con la sacralización de sus categorías, todo un universo de oportunidades. Con todo, no escribo contra la Universidad, sino desde la íntima convicción de que podemos cambiar el modo en que *conversamos* con ella.

Lo primero y más importante es dejar de ver a las universidades como algo abstracto. Las universidades son muchas y, aunque aparentemente tengan un funcionamiento monolítico e inmutable, en realidad las decisiones políticas que se aplican las toman personas de carne y hueso. También es clave cambiar la forma en que nos relacionamos: en lugar de usar un vocabulario individualista y taxonómico, podríamos emplear otro tipo de pronombres: dialogar «con» en lugar de «contra». No tratar al otro como un instrumento, sino como alguien con quien compartimos el camino; verlo como «compañía» (tal como sugiere el origen de la palabra *conversari*: vivir, habitar,





estar en compañía de otros). Escuchar otras voces, incluso aunque estas sean ficcionales, puede decirnos algo acerca de nosotros mismos. Quizás *en y desde* la Universidad sea posible construir un diálogo más horizontal; quizás —me pregunto con cierta inquietud— existe una manera de acercarse a los otros con cuidado y respeto, sin convertirlos en objetos de estudio, sin imponerles cambios. En el fondo, preguntas que, en lo personal, responden a cuestiones tan vitales como ¿qué quiero yo del otro? ¿Con quién necesito hablar?

Mi escritura es un quiebre entre dos tiempos. La que fui y la que soy ahora mientras me estoy haciendo.

Toda historia está fijada en el calendario. El 6 de marzo de 2018 defendí mi tesis doctoral sobre el escritor argentino Ricardo Piglia. Esa ceremonia, cargada de significado simbólico, representó en mi vida un momento de ascenso y caída. De ascenso, porque es el momento culmen en el que, como investigadora, un tribunal reconoció mi trabajo y me capacitó como experta en mi campo de estudio, aunque el mío fuera un campo híbrido y heterogéneo. De caída, porque al mismo tiempo entendí que era un ritual de paso con un formato específico, rígido, en el que cada cual cumplía su papel. El carácter teatral del acontecimiento lo sitúa siempre bajo sospecha.

Durante todo este tiempo he tenido la sensación de fracaso, pero también la intuición de que existen otras maneras de pensar y escribir. Y porque, como dice un verso de Claudio Rodríguez, «estamos en derrota, nunca en doma», no creo que deba desertar de mi posición académica. Al contrario, creo que debo «entrelazar», como sugiere la palabra latina *sertare*, volver a unir lo que la academia ha separado: el cuer-





po y sus posibilidades. La derrota, después de todo, es un punto de partida privilegiado para explorar nuevas formas de escritura.

Fracaso otra vez, fracaso mejor, porque estoy convencida de que es posible encontrar un estilo que exceda la especialización extrema a la que se nos convoca; de que podemos salvar la distancia entre la divulgación y la especialización; de que otras formas de conocimiento son posibles cuando escuchamos al cuerpo, cuando lo dejamos olfatear y tocar libremente aquello que intelectualmente lo atraviesa.

«A principios de 1972, yo estaba, en mi vida, en el punto en que mi proyecto de escritura se había convertido en una cuestión de supervivencia, algo que tenía que hacer a toda costa», escribe Annie Ernaux en *La escritura como un cuchillo*. 1972 es su quiebre entre dos tiempos. Toda herida es al mismo tiempo personal y social. Es innegable que nuestros conocimientos y prácticas cotidianas se armonizan con la vida en comunidad y la interacción continua con otras esferas sociales. O deberían hacerlo, si queremos producir un verdadero conocimiento y no únicamente información. Esa peculiaridad de la literatura como radiografía social se muestra muy bien en la obra de Ernaux. Al leerla comprendí mejor que los modos del saber que están adentro y afuera de la Universidad no son incompatibles. Más aún, deben ser fieles a los modos de vivir o, en palabras de Marina Garcés, de «convivir», pues coexistimos con uno mismo y con los demás. También Piglia ha demostrado que para intervenir en la realidad hay que armar todo un proyecto ficcional coherente con un modo de ser, porque todo discurso es una práctica con el cuerpo inscrita en un espacio donde se ponen en juego su presencia y sus gestos. Así, pensamiento, lectura y escritura no son operaciones intelectuales abstractas, sino que están subordinadas a





la experiencia palpitante de la vida. Fue precisamente Piglia quien escribió que, si la literatura tiende a borrar al otro, la conversación, lo dialógico, revitaliza su búsqueda. Y por eso vuelvo a él (a sus textos) una y otra vez, como origen de una pasión y un problema que me afecta: la literatura como la búsqueda perenne del interlocutor.

La escritura como conversación se convierte entonces en un medio para reafirmar la presencia del otro y nuestro intento constante por alcanzarlo y comprenderlo, aun cuando está ausente. Busco una escritura que no solo se adentre en el desarrollo de la conversación literaria como temática vertebral, sino que sea capaz de revelar algo de mí misma que desconozco. Algo que iré descubriendo mediante el diálogo, única forma que no se somete a una lógica de argumentación exacta, sino que, alejada de la gramática académica, se formula de manera más íntima, ensayística y en constante interlocución. Como la tierra que anhela el agua para nutrirse, también yo necesito del otro y de la escritura personal para darle forma a mi subjetividad; para hacer emerger mis deseos y miedos, permitiendo al fin que el cuerpo se manifieste en toda su complejidad y belleza. Mi labor como investigadora y crítica, en definitiva, como escritora, también es construir una realidad que no existe, pero que al pronunciarla y escribirla cobra vida. Algo similar a lo que anuncia Annie Ernaux cuando en *Una mujer* afirmó: «Me parece que ahora escribo sobre mi madre para, a mi vez, traerla al mundo». Las palabras también aspiran a reconstruir lo que fue y lo que vendrá. Con esa precisión deliberada, pretendo huir de la manía clasificatoria de los géneros literarios para atender a la propia naturaleza de la conversación desde una escritura en curso que tiene en cuenta la forma del objeto desde el objeto mismo; es decir, realizando un recorrido aleatorio y personal por algunas de las conversa-





ciones literarias que han marcado mi experiencia lectora, para poder decir algo sobre la conversación misma. Mi propia vida está presente y por eso este es, también, un ensayo personal.

A veces dolorosa, otras liberadora, la escritura como conversación constata asimismo y de manera contradictoria el deseo siempre fracasado del encuentro con el igual. Suscribo como una certeza el comienzo de la novela *La seducción*, de Sara Torres: «Para mí, la historia del deseo es fundamentalmente la historia del fracaso, todo lo que quise y no pudo ser, todas las veces que temblé en la distancia entre yo misma y aquello que amo». Aun así, nuestra sed de animal hambriento de comunicación es necesaria y siempre esperanzadora. Queremos encontrar en los demás una resonancia de nosotros mismos, acercarnos al otro lo suficiente para reconocernos y que nuestras historias y experiencias tengan algún valor.

Escribo este texto para saber cuál es mi apetito.





INTRODUCCIÓN:

LA CONVERSACIÓN ES...







**La conversación es una inclinación del cuerpo hacia *el otro*.
También hacia *lo otro*.**

Trataré de explicar esto:

La conversación es la forma genuina y privilegiada de comunicación humana. Dado que es anterior al nacimiento mismo de lo literario, podría ser considerada también la forma literaria más antigua, a pesar de que a menudo se la ha tildado de menor. La cuestión de la forma es central. Digo «forma» y no «género» porque pretendo huir de cualquier método de clasificación. No es sencillo delimitar una práctica que invade todas las esferas públicas y privadas de nuestra vida. El mundo no tiene un orden visible. No hay una lógica para clasificar las obras en géneros, ni géneros mismos que permanezcan fijos en el tiempo. Por eso me aproximo a ellos desde la atracción que me produce el intercambio de la palabra, intentando comprender, más allá de los esquemas previos y las categorías heredadas, las realidades emotivas y afectivas que condicionan el desarrollo de toda conversación. Porque cualquier teoría literaria solo es válida en tiempo presente.

La conversación presupone la oralidad. Mucho antes de que la novela y el ensayo ocuparan su lugar en el sanctasanctórum de la literatura, el diálogo ha sido compañero constante de la humanidad. Pues a diferencia de las artes que requieren cierta disposición y habilidad para su práctica, la conversación emerge de manera natural, como una necesidad esencial del ser humano. Su carácter anfibio le ha permitido adaptarse a otras formas más elaboradas con las que se mezclaba y bifur-

